

## DE LOS HISTORIADORES DE COLÓN

CON MOTIVO DE UN LIBRO RECIENTE



II

N Herrera se aprendió la historia de Indias, durante los siglos xvii y xviii, así en España como fuera de ella, y apenas tuvieron otro texto para la parte *positiva* de sus obras los escritores de la escuela enciclopédica que por lo demás repitieron y exageraron con empalagosa filantropía los tópicos predilectos de Fr. Bartolomé de las Casas. Un libro ruidosísimo entonces y hoy de nadie leído, la *Historia filosófica y política de los establecimientos y del comercio de los europeos en las dos Indias* (1771), obra que lleva el nombre del abate Raynal, pero en la cual parecen haber colaborado varios

amigos suyos, tales como Diderot y el Baron D'Holbach, puede considerarse como el resumen, enfático y pedantesco, de toda esta literatura de indios y negros *sensibles*, que tuvo en el teatro y en la novela manifestaciones tan soporíferas como la *Alcira* de Voltaire y *los Incas* de Marmontel. Proscrita la obra de Raynal por el Parlamento de París y por la Inquisición española, logró boga transitoria que fácilmente logran las cosas prohibidas, y aun en España encontró apasionados, uno de los cuales, el Duque de Almodóvar, nuestro embajador en Londres, llegó hasta ponerla

en lengua castellana con algunas enmiendas y supresiones, encaminadas á desarmar la vigilancia de la censura <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> *Historia política de los establecimientos ultramarinos de las naciones europeas*, Madrid, por D. Antonio de Sancha, 1784. El traductor se ocultó con el anagrama de *Eduardo Malo de Luque*.

Sería grave injusticia confundir el nombre venerable de Robertson con el de tan fanático y frenético declamador como el Abate Raynal. Claro es que los españoles no podíamos esperar imparcialidad perfecta de un escocés y ministro de la Iglesia presbiteriana, pero el candor y sinceridad del Dr. Robertson, la moderación de su ánimo y el templado criterio que siempre ha distinguido á la escuela de Edimburgo resplandecen en su *Historia de América* y en la de *Carlos V*, no menos que la modesta elegancia del estilo y la información vasta y bebida por lo general en las mejores fuentes impresas, puesto que no habiendo salido de su país, apenas tuvo acceso á otro género de papeles. No es historiador tan grande como en su tiempo le creyeron: Hume le aventaja en talento político: Gibbon en erudición profunda y segura; Voltaire en rapidez de comprensión y en gracia narrativa. Pero es historiador honrado y sincero, á diferencia de Hume que es un historiador de partido, y de Voltaire y Gibbon que son sectarios anticristianos. La *History of the Discovery and settlement of America* (1777) es un compendio nutrido y bien hecho, cuyo plan hoy mismo merecería alabanza y podría adaptarse á los estudios nuevos. De las fuentes conocidas hasta su tiempo no se le ocultó ninguna importante: lo que dice de Colón está fundado en los testimonios de su hijo, de Oviedo, de Pedro Mártir de Angleria, de Gomara y de Fr. Bartolomé de las Casas visto á través de Antonio de Herrera. Poseyó además una copia manuscrita de la Crónica del cura de los Palacios. De todo ello resultó un relato, no tan animado y brillante como hoy quisiéramos y parece que la materia exigía, sino clásicamente correcto y algo frío, con aquella falta de comprensión del paisaje y del accidente pintoresco, que deja, por decirlo así, *sin ambiente* las mejores historias del siglo pasado.

El libro de Robertson, cuya reputación fué inmensa y en parte merecida, sirvió de base á todas las biografías de Colón que en diversas lenguas se publicaron desde fines del siglo pasado, con intentos de vulgarización popular, mereciendo entre todas ellas la palma la que compuso para lectura en las escuelas elementales el benemérito institutor alemán Campe, anovelando á gusto de los niños la historia ya tan novelesca del descubrimiento, en el género y estilo de su *nuevo Robinson*, que tan lindamente tradujo nuestro D. Tomás de Iriarte. Uno y otro libro deben contarse entre los mejores de la difícilísima literatura infantil, y de su popularidad nunca menguada dan testimonio innumerables ediciones hasta el día presente.

En España, donde las ideas del siglo XVIII contaban gran número de partidarios más ó menos resueltos entre los literatos y en las clases aristocráticas, la obra de Robertson, inspirada en sentimientos de humanidad y tolerancia libremente manifestados pero con notable templanza de expresión y con sentido cristiano más bien que enciclopedista, á lo cual se añadía el estar casi inmune de aquellas atroces injurias contra el nombre español que eran la principal salsa de la retórica del abate Raynal (sólo comparable en esto con los modernos Buckle y Draper) no podía menos de obtener la acogida más lisonjera. La Inquisición, que ya no era entonces más que sombra de sí misma, la puso en el índice por mera fórmula; pero esto no era más

que un nuevo incentivo para que se leyera; y en cambio la Academia de la Historia, donde era entonces omnipotente la influencia del director Campomanes, envió á Robertson con las más honoríficas expresiones el título de socio correspondiente, le felicitó por sus desvelos en pro de nuestra historia nacional, y, si hemos de creer á los biógrafos de Robertson, encargó á uno de sus miembros la traducción de la obra, corrigiéndola y adicionándola en todo lo que fuera menester.

Tal proyecto no llegó á realizarse, pero fué sustituido con otro de mucha mayor utilidad, y, más honroso para España. Por real cédula de 17 de Junio de 1779, dos años, como se ve, después de la aparición del libro de Robertson, confió el gobierno de Carlos III á D. Juan Bautista Muñoz (no sin recia oposición de la Academia de la Historia, que quiso hacer valer su privilegio eminente de cronista) el encargo de escribir una Historia del Nuevo Mundo, para lo cual se le abrieron de par en par las puertas de todos los archivos, dándole extraordinarias facilidades, y cuantiosos auxilios para llevar á término tan colosal empresa. Grande debía de ser el crédito literario de Muñoz y muchos y muy poderosos sus valedores para obtener un género de protección tan eficaz y desusado, puesto que á pesar de su título oficial de cosmógrafo de Indias, los pocos escritos que hasta entonces había publicado, aunque excelentes en su género, trataban de asuntos mil leguas apartados de la historia de América y aun de toda historia, y más que de entendido en cosmografía y en náutica le acreditaban de elegantísimo humanista, y de partidario vehemente de la reforma de los estudios conforme al método y tendencia de lo que entonces se llamaba *filosofía ecléctica*, la cual tenía en la Universidad de donde él procedía sus más aventajados expositores y secuaces desde los tiempos del P. Tosca y del médico Piquer. Era, pues, conocido el nuevo cosmógrafo por obras tan ajenas de su profesión como sus controversias teológicas con el P. Pozzi, sus prefacios á las obras latinas de fray Luis de Granada, y sus oraciones contra el peripatetismo degenerado de los escolásticos y sobre la recta aplicación de la moderna filosofía á las disciplinas teológicas: todo lo cual prometía uu continuador de la obra crítica de Vives y de Melchor Cano, más bien que un explorador de los archivos del Consejo de Indias y de la Casa de Contratación. Pero era Muñoz (á quien todavía no se ha hecho bastante justicia) uno de aquellos hombres de superior entendimiento que guiados por altos principios de crítica general, saben aplicarlos oportunamente á cualquier materia que traten, y salir airosos de ella, aunque no haya sido objeto principal de sus estudios. Bien le conocían los que le dieron el encargo. No sabemos si antes se había despertado en él la vocación histórica, pero sabemos que fué historiador desde el punto y hora en que quiso serlo. Comenzó por aplicar á las investigaciones históricas el sistema de la *duda metódica* que en filosofía profesaba, y sin desdeñar las crónicas, no les dió más valor que el secundario y relativo que pueden tener cuando existen en tanta copia los documentos originales. Pero de Muñoz y de sus tareas como colector y de los méritos del único volumen publicado de su *Historia del Nuevo Mundo* (1793 <sup>1</sup>)

<sup>1</sup> Reimpreso en Hamburgo, por C. Muller en 1796.

ya hemos escrito antes de ahora, y no queremos repetirnos. Ese volumen, que termina con los preparativos de la misión de Bobadilla, es sin disputa el mejor trozo de prosa castellana de aquel tiempo, á excepción de algunos escritos de Jove-Llanos. Como obra histórica, tiene el inconveniente no sólo de estar muy incompleta, sino de carecer de todo género de documentos y notas justificativas, no porque el autor pretendiera ser creído bajo su palabra, sino porque reservaba sus pruebas para el fin del segundo tomo, que afortunadamente existe, á lo menos en su mayor parte, y que bien merecería ser publicado por sus méritos de estilo, pues aunque su contenido no ofrezca novedad después de las colecciones de Navarrete, siempre será la biografía más clásica y mejor escrita que en castellano tenemos del almirante. Yo por mi parte no la cambiaría por ninguna de las extranjeras, aunque reconozco de buen grado que Muñoz procede demasiado rápidamente y exige mucha atención para ser enteramente comprendido: que en la introducción ó libro primero, que contiene el resumen de la antigua geografía, de los primeros viajes y del aspecto general del continente americano, con algunas consideraciones sobre la influencia del descubrimiento en la historia del Mundo, sigue demasiado servilmente las huellas de Robertson y hubiera podido ser menos superficial sin detrimento de la elegancia, así como en las cuestiones oscurísimas relativas á la vida de Colón antes de las capitulaciones de Santa Fe, corta demasiado fácilmente el nudo pasando casi de largo por este período de la vida de su héroe, aunque algo se sabe de positivo más que lo que él dice, y sobre otras cosas caben verosímiles conjeturas de que no puede prescindir tan en redondo el historiador que procura llegar á la verdad por todos los medios concedidos á la limitación del racional discurso.

Con la riquísima colección de Navarrete publicada en 1825 se abre nuevo período en estos estudios, si bien ya los pocos documentos del *Códice Colombo Americano* habían suscitado algunos trabajos de dudoso valor y poca trascendencia como el de Rossi en 1818 que rebosa el odio más ciego contra España, unido á una tan crasa ignorancia de nuestras cosas que le hace poner en Madrid la corte de los Reyes Católicos, y confundir el reino de Granada con el de Navarra.

Tales desafueros no eran posibles ya después de la *Colección de Viajes y Descubrimientos*, á la cual empezaron á acudir, como á fuente purísima, cuantos querían saber á ciencia cierta lo que por tanto tiempo habían embrollado la fantasía y la calumnia. Dos escritores *yankees*, dotados los dos de singular talento de estilo y de no menos entusiasmo por las cosas de España: historiadores *románticos* en el buen sentido de la palabra, esto es discípulos de la escuela pintoresca de Thierry y de Barante, que ha vuelto á convertir la historia en una maravillosa obra de arte, fueron los primeros en explotar aquel tesoro, con el mismo ingenio y amenidad que antes y después aplicaron á la restauración de otros períodos de nuestra historia. Pero William Prescott sólo pudo tratar de las cosas de Colón por incidencia en algunos capítulos de su *History of Ferdinand and Isabella*, obra tan sólida como deleitable, al paso que Washington Irving le dedicó un libro entero en su conocidísima *Life of*

*Columbus* á la cual puso término en Madrid, en 1827, siendo gallantemente traducida al castellano en 1834 por D. José García de Villalta, tan conocedor de la lengua inglesa como de la propia. Irving distaba mucho de valer como historiador lo que valía Prescott: no juntaba como éste la erudición al arte: era más bien un narrador poético, un historiador anovelado, en quien se reconoce siempre al autor de los *Cuentos de la Alhambra*. Su *Crónica de la Conquista de Granada*, por ejemplo, es una especie de libro de caballerías, histórico en su fundamento y en sus rasgos principales, pero lleno de pormenores fantásticos y de pura invención: obra, en suma, que parece un retoño póstumo de las *Guerras civiles* de Ginés Pérez de Hita ó de la crónica de Abulcaxim Tarif Abentarique, parto de la fértil imaginativa del morillo Miguel de Luna. Pero la *Vida de Colón* es cosa muy distinta, y sin dejar de ser uno de los libros más agradables y de más fácil é interesante lectura que pueden encontrarse, es al mismo tiempo un trabajo histórico serio, en que el autor conteniendo en razonables límites la lozanía de su pluma, ha tenido el buen gusto de no añadir accesorios fabulosos á una realidad que por sí misma es más poética que cualquiera fábula. La novela estaba hecha, y Washington Irving no tenía más que contarla, lo cual hizo de un modo superior á todo elogio, sacando el jugo á los documentos publicados por Navarrete, y concordándolos con las historias impresas y manuscritas, que disfrutó casi en su totalidad, puesto que Navarrete le ayudó liberalmente con sus consejos y con sus libros, y tuvo además libre acceso á la Colección Muñoz y á otras particulares. Merece, pues, el mayor respeto la erudición de Irving, por más que no hiciera de ella ostentación y aparato que sería impertinente en un libro popular, en una obra de arte; y así por esto, como por el buen juicio que generalmente muestra en las cuestiones dudosas, y por la singular belleza de su estilo descriptivo y narrativo, y por lo mucho que amó á España y contribuyó á hacer amables las cosas españolas, le debemos un dulce recuerdo y la justicia de reconocer que tomada en conjunto su biografía de Colón no ha sido superada todavía y es la que principalmente debe recomendarse á los hombres de mundo y á los aficionados, aunque por nuestra parte encontramos superior aun en interés y en fuerza poética su libro de los *Compañeros de Colón*, que viene á ser una segunda parte. Hoy desgraciadamente no suelen escribirse libros de este género, pues la mayor parte de los que piensan contra la historia dramática y pintoresca no hacen con ello más que una tácita confesión de su impotencia.

Es evidente, sin embargo, que la curiosidad científica no puede totalmente satisfacerse con tales libros, por más esfuerzos que el autor haya hecho para mantener en equilibrio los derechos de la historia y los de la fantasía. Así es que tras del libro de Irving vino otro de muy distinto carácter y en el cual, sobre la misma base de los documentos de Navarrete, se entra en todas aquellas minuciosas discusiones de geografía física y de astronomía náutica que el elegante narrador norte-americano había esquivado, ya por falta de competencia, ya en obsequio á la armonía artística de su obra. Era autor del nuevo libro, que sin disputa es el más im-

portante de cuantos se han consagrado á la historia del descubrimiento, aquel insigne varón, gloria de la ciencia moderna, cuyos límites de tantas maneras ensanchó, llevando como de frente todos los conocimientos humanos y haciendo servir los unos de ilustración y complemento á los otros: hombre familiarizado además, no ya sólo con la erudición americana, sino con todos los accidentes físicos del territorio, que largamente había explorado con el martillo del geólogo y con el teodolito del geodesta. Era Alejandro Humboldt, en suma, que después de haber escrito los *Ensayos sobre Nueva España y Cuba, la Relación del viaje á las regiones ecuatoriales, y los Monumentos de los pueblos indígenas de América*, coronaba en 1836 sus trabajos americanos con el *Examen crítico de la historia de la geografía del Nuevo Continente y de los progresos de la Astronomía Náutica en los siglos xv y xvi*, publicado primero en lengua francesa, y puesto luego en alemán por Ideler. Nunca he comprendido por qué este *Examen*, que apenas trata más que de cosas españolas y que á los españoles interesa más que á nadie, es tan poco leído entre nosotros, como si estuviésemos tan sobrados de libros que hiciesen justicia á la cultura de nuestros antepasados y grandeza de su misión histórica<sup>1</sup>. Por otra parte, es imposible hacer con fundamento la historia de América sin partir de este preámbulo grandioso que desgraciadamente quedó incompleto, faltando entre otras cosas, la historia de los orígenes de la cartografía y de los progresos de la astronomía náutica, que Humboldt anuncia varias veces, y de cuya importancia puede juzgarse por las muchas indicaciones que va sembrando en todo el curso de la obra. La cual, en el estado en que quedó, puede considerarse dividida en tres secciones: 1.<sup>a</sup> causas científicas que prepararon y trajeron el descubrimiento del Nuevo Mundo; 2.<sup>a</sup> pormenores relativos á la vida y

1 Á nadie estorba saber, por ejemplo, que según Humboldt (t. I, pág. 5) « los gérmenes de las verdades físicas más importantes se encuentran muchas veces en los escritores españoles del siglo xvi. Al aspecto de un nuevo continente, prosigue, aislado en la vasta extensión de los mares, se les presentaron la mayor parte de las cuestiones importantes que todavía hoy nos preocupan, sobre la unidad de la especie humana y sus desviaciones de un tipo primitivo; sobre las emigraciones de los pueblos, la filiación de las lenguas, más desemejantes muchas veces en las raíces que en las flexiones ó formas gramaticales; sobre la emigración de las especies vegetales y animales; sobre la causa de los vientos alisios y de las corrientes marinas; sobre el decrecimiento del calor en la rápida pendiente de las cordilleras y en la profundidad del Océano; sobre la reacción de los volcanes unos sobre otros, y la influencia que ejercen sobre los temblores de tierra. De esta época datan el progreso y perfeccionamiento de la geografía y de la astronomía náutica, de la historia natural descriptiva y de la física general del globo. » Esta página de Humboldt está repetida casi textualmente en el *Cosmos*, donde añade: « El fundamento de lo que se llama hoy física del globo, dejando aparte las consideraciones matemáticas, está contenido en la obra del jesuíta José Acosta, intitulada *Historia Natural y Moral de las Indias*, así como en la de Gonzalo Fernández de Oviedo, que apareció veinte años solamente después de la muerte de Colón. En ninguna otra época, desde la fundación de las sociedades, se había ensanchado tan prodigiosa y súbitamente el círculo de ideas, en lo tocante al mundo exterior y á las relaciones del espacio. Nunca se había sentido tan vivamente la necesidad de observar la naturaleza en latitudes diferentes y á diversos grados de altura sobre el nivel del mar, ni de multiplicar los medios con ayuda de los cuales se la puede forzar á la revelación de sus secretos. » (Tomo II, de la traducción Salusky, 1855, pág. 315.)

Estas generosas declaraciones de Humboldt, á quien nadie rechazará por incompetente, nos indemnizan con usura de tantas y tantas injurias contra España como cada día oímos en boca de españoles, único pueblo del mundo que hace alarde y gala de renegar de sus progenitores, esperando sin duda conquistar por este fácil medio la libertad, la ciencia, el respeto y consideración de las demás gentes, y toda clase de prosperidades y bienandanzas.

carácter de Colón; 3.<sup>a</sup> estudio sobre los viajes verdaderos ó supuestos de Américo Vespucio, y sobre la cronología de los primitivos descubrimientos de los españoles en el Nuevo Mundo. ¡Lástima que este inapreciable *Examen*, donde lo de menos es la erudición inmensa y segura, y lo de más las intuiciones geniales y los puntos de vista enteramente nuevos, tenga como otros muchos libros alemanes ciertos defectos de composición que indudablemente han perjudicado á su popularidad, comenzando por el título mismo que es demasiado general y no da idea exacta del contenido, y prosiguiendo con la ausencia de toda división de capítulos; con la intercalación no siempre justificada de larguísimas digresiones, y con cierto desorden de método que lleva muchas veces á las notas lo más importante y lo que debiera ser materia principalísima del texto.

La parte relativa á los precedentes científicos del descubrimiento, nadie la ha tratado con tanto aplomo y seguridad como Humboldt, y nadie más abonado para tratarla. De su luminoso análisis resulta claro que Colón, sin ser propiamente un sabio, distó mucho de arrojarle á su empresa como un fanático temerario, ni menos como un apóstol divinamente inspirado, según Roselly sueña. Es cierto que el mismo Colón, para hacer mayor por el contraste la grandeza de su descubrimiento, se llamó en alguna parte *lego marineru, non docto en letras y hombre mundanal*, y afirma que *para la ejecución de la empresa de las Indias no le aprovechó razón, ni matemática, ni mapamundos*, pero nadie debe tomar al pie de la letra estas exaltaciones místicas, puesto que en el mismo libro de las *Profecías*, que es cifra y compendio de ellas, declara en términos expresos el almirante cuáles habían sido sus estudios: «Todo lo que fasta hoy se navega lo he andado. Trato y conversación he tenido con gente sabia, eclesiásticos é seglares, latinos y griegos, judíos y moros, y con otros muchos de otras setas... En la marinería me fizo Nuestro Señor abundoso; de astrología me dió lo que abastaba, y ansí de geometría y aritmética, y ingenio en el ánima y manos para dibujar esfera, y en ella las cibdades, ríos y montañas, islas y puertos, todo en su propio sitio. En este tiempo he yo visto y puesto estudio en ver de todas escrituras, cosmografías, historias, corónicas y filosofía, y de otras artes, aunque me abrió Nuestro Señor el entendimiento con mano palpable á que era hacedero navegar de aquí á las Indias, y me abrió la voluntad para la ejecución dello.» En vano es que añada que «todas las ciencias non le aprovecharon nin las autoridades dellas», porque contra esta efusión de humildad ó de soberbia están los propios libros anotados de su mano, y el testimonio de su hijo y de Las Casas y de cuantos le conocieron y manejaron los papeles en que había consignado sus conjeturas sobre la existencia de tierras nuevas. Estas conjeturas, por el orden en que Humboldt las coloca y examina, responden á una serie de tradiciones científicas no interrumpidas desde la antigüedad clásica; y son la idea de la esfericidad de la tierra, la relación entre la extensión de los mares y la de los continentes, la supuesta vecindad de las costas de la Península Ibérica y del África á las islas del Asia tropical: un grave error en cuanto á la longitud de las costas arábicas: noticias formadas de diversas obras antiguas

de Rogerio Bacon, visto á través de la compilación del cardenal Pedro de Alliaco, y *acaso* de Marco Polo (hoy puede quitarse el *acaso*, puesto que ha parecido en Sevilla el ejemplar del Marco Polo italiano que el Almirante usaba y tiene notas de su mano): indicios de tierras al Occidente de las islas de Cabo-Verde, de Porto y de las Azores, ya por la observación de algunos fenómenos físicos, ya por las relaciones de los marineros arrastrados por las tempestades y las corrientes. Es enorme la suma de ciencia que acumula el sabio prusiano para dar su verdadero valor á cada uno de estos motivos. Y sin embargo, esta discusión erizada de textos y de confrontaciones no cansa, porque como dice el mismo Humboldt, «hay vivo interés en seguir el desarrollo progresivo de un gran pensamiento y descubrir una por una las impresiones que han decidido del descubrimiento de un hemisferio entero». Sucesivamente van pasando delante de nosotros los pasajes de Aristóteles, de Strabón, de Séneca, de Macrobio, los mitos geográficos, comenzando por el de la Atlántida, las costas y planisferios en que se consignaban islas desconocidas como la famosa *Antilia*, las peregrinaciones de los budistas chinos, la exploración de las costas boreales de América por los escandinavos, todos los precursores reales ó fabulosos de Colón, y con esto mil detalles de la historia de las ciencias que aislados significarían poco, pero que en manos de Humboldt pierden el carácter de circunstancias accidentales y presentándose en agrupación inmensa conducen á probar la necesidad histórica del descubrimiento en el punto y hora en que se hizo, merced á esa labor incesante y oculta que va conservando y cultivando desde la antigüedad cierto número de emociones más ó menos confusas, hasta que de todas ellas resulta un como impulso irresistible que se transforma en acción. Algo puede padecer con esto la gloria personal de Colón á los ojos de los que le tienen, no ya por un grande hombre, sino por un sér sobrehumano, pero la ley de solidaridad histórica suele acomodarse mal con estas leyendas, y para nosotros es más grande y consolador; el aprender que el espíritu humano nada pierde ni olvida en su largo y oscuro viaje á través de los tiempos, y que no hay en la ciencia trabajo baldío ni esfuerzo estéril.

Por otra parte, ¿quién ha admirado más y quién ha comprendido mejor la grandeza humana del carácter de Cristóbal Colón que Alejandro Humboldt, por lo mismo que no disimula sus flaquezas? ¿Quién ha encarecido más sus descubrimientos científicos y las nuevas luces que trajo al conocimiento racional del mundo? ¿Quién ha sentido de igual manera el precio de las cualidades poéticas que surgen como relámpagos de genio entre incorrectos y apasionados rasgos de su pluma? Un solo vacío puede encontrarse en este bellissimo análisis que llena la mayor parte del tercer tomo de la obra de Humboldt. Colón, navegante y cosmógrafo; Colón, hombre de ciencia; Colón, escritor; Colón, supersticiosamente enamorado del oro; Colón, grande hombre perseguido por la envidia, están admirablemente juzgados; pero queda algo en la sombra; el Colón cristiano y aun místico, que soñaba con la total conversión de los infieles y con el rescate del Santo Sepulcro y que en su persona veía cumplidas claramente las sagradas profecías. Que luego se haya abusado de este aspecto de su

figura para torpes falsificaciones, no es razón para que aspecto tan principal quede en la sombra. El *profetismo* de Colón existe y Humboldt no le desconoce; pero como hombre nacido y educado en el siglo XVIII, apenas insiste en esto ni llega á ver en el libro de las *Profecías* otra cosa que un tejido de sueños y de fantasías incoherentes, cuando para nosotros allí está la filosofía del descubrimiento tal como Colón la entendía, con grandeza tal de espíritu, que debe mover á respetuosa veneración al más escéptico. Ni el ideal científico por sí solo, ni mucho menos el interés y el cálculo, hubieran bastado para producir el descubrimiento, y fué providencial que en el descubridor se juntasen aquellas tan diversas cualidades de místico, hombre de ciencia experimental hasta cierto grado, hombre de sentimiento poético y de inmenso amor á la naturaleza, y logrero genovés enamorado locamente del oro.

### III

No parecía cosa fácil igualar á Humboldt en ciencia positiva y en aquella especie de mirada de águila con que abarca los grandes aspectos de la naturaleza física no menos que la continuidad de los esfuerzos con que el entendimiento humano ha llegado á la formación del sistema del mundo y á la interpretación de las leyes cósmicas. Ni era tampoco muy llano y hacedero el emular la brillantez pintoresca y el interés dramático que en su narración puso Irving. Aun el campo de los documentos estaba tan espigado por Navarrete que apenas había esperanza de algún hallazgo que valiese la pena ni que cambiase mucho la historia comunmente recibida. Así es que la bibliografía colombina no produjo durante muchos años obra alguna de sustancia, sino compendios y resúmenes populares, entre los cuales, por ser de quien es y no por otra razón alguna, puede hacerse mérito de la biografía de Colón que escribió Lamartine en su *Civilizador*, uno de los muchos trabajos de literatura industrial y sin gloria en que el gran poeta tuvo que consumir oscura y tristemente los días de su vejez, sin provecho de la historia, para la cual no tenía ningún género de vocación, ni de la poesía cuyo idioma más natural había abandonado.

Poéticamente también, pero con cierta poesía de oropel y de lentejuelas, semejante en mucho á la moderna devoción francesa, para quien iba especialmente encaminada, refirió por los años de 1856 la vida y los viajes de Cristóbal Colón, el famoso conde Roselly de Lorgues, varias veces mencionado ya, y nunca para bien, en estas páginas. Sin ser bueno este primer libro suyo ni mucho menos, todavía está á larga distancia de los increíbles escritos polémicos y apologéticos que ha divulgado en estos últimos años y que le presentan en un grado de exaltación fanática muy próxima al delirio. Su primitiva *Historia* gustó mucho como lectura á un tiempo piadosa y recreativa, y en honor de la verdad ha de decirse que aparte de su amanerada elegancia y de muchos detalles novelescos, y de algunas hipótesis infelices, el fondo de la narración es verídico, como tomado principalmente de los documentos de

Navarrete y del *Códice Colombo Americano*. Pero no se satisfizo Roselly con este éxito literario, sino que se convirtió nada menos que en postulador de la beatificación de su héroe, fatigando á la curia romana con innumerables memoriales para que se incoase el proceso canónico que había de elevar á los altares al *Evangélista del Océano*, víctima hasta entonces, según el nuevo biógrafo, de la saña de escritores protestantes é incrédulos empeñados en despojarle de la aureola de su misión divina, y víctima, además, de la envidia y saña de los españoles que en vida no supimos comprenderle y le cargamos de cadenas en pago de habernos regalado un mundo, y que aun después de muerto no hemos cesado de perseguirle con calumnias, rehusando á su memoria el debido acatamiento. Tal es la síntesis de estos últimos libros de Roselly, entre los cuales sobresale el titulado *Historia póstuma de Cristóbal Colón* (1885), brillantemente deshecho y triturado por nuestro Fernández Duro. Pasman las feroces injurias en que á la continua se desata el seráfico Roselly contra todos los que han visto la más leve mácula en la figura del que llama *Embajador de Dios*, aunque sean eruditos tan honrados é inofensivos como Navarrete ó D. Nicolás Antonio. *Satanás* contra Cristóbal Colón es, si mal no recuerdo, el título de uno de los folletos de Roselly destinado á maltratar á no se qué abate italiano que se atrevió á poner en duda la estupenda fábula del casamiento de Colón con Beatriz Enríquez. No menos pasma la intrépida ignorancia de nuestra lengua y de nuestras cosas que muestra Roselly á cada paso. Así, por ejemplo, habiendo leído que Colón murió en su *posada* de Valladolid, no entendió sino que se trataba de un mesón de arrieros, y confundiendo la antigua y genérica acepción de la voz *posada*, sinónimo de casa-habitación, chica ó grande, rica ó pobre, propia ó ajena, con la restricta que hoy tiene de parador ó casa de alquiler para viajeros, echó á volar la disparatada idea de que Colón, pobre y perseguido, había ido á morir en una miserable hostería de Valladolid. Lo peor es que Roselly ha hecho escuela entre las gentes que en Francia llaman *bien pensantes*, y apenas hay día en que no salga algún folleto de su escuela, debidos unos á canónigos y abates apasionados de la arquitectura ojival y *style fleuri*, tan de moda en aquellos seminarios, y los demás á condes y marqueses legitimistas de más ó menos rancia prosapia. Tampoco faltan en este concierto algunos italianos como el abogado Dondero, que ha reivindicado y defendido *la honestidad de Cristóbal Colón* como si hubiera estado en sus mayores confianzas, y aquel Sr. Roque Cocchia, obispo de Oropesa *in partibus*, que nos sorprendió años hace con la tristemente ruidosa invención de los restos del Almirante en la catedral de Santo Domingo. Sólo en España ha hecho Roselly pocos prosélitos, aun entre los que por sus ideas parece que habían de serle más benévolos. Aquí *porte malheur*, como diría Mr. Roselly, él hablar mal del Rey Católico. Hasta la opinión, errónea sin duda pero muy arraigada, de que nunca miró con gran cariño y entusiasmo el descubrimiento ni al descubridor, contribuye á hacerle grato á los ojos de muchos que con razón ó sin ella ven en aquella costosa gloria de la colonización del Nuevo Mundo el fundamento y raíz de muchos de nuestros males.

BIBLIOTECA  
ESCUELA DE ESTUDIOS  
HISPANO-AMERICANOS

Prescindiendo de esta funesta literatura, encaminada á promover y servir intereses muy diversos de los de la historia pura, la erudición colombina de estos últimos años está representada principalmente por las numerosas publicaciones del abogado norte-americano Enrique Harrisse, que reside habitualmente en París. Algunos de estos trabajos son bibliográficos, y merecen todo género de alabanzas, así por la minuciosa exactitud de las descripciones como por la esplendidez tipográfica. La *Biblioteca Americana Vetustissima* (1866) y sus *Adiciones* (1872) comprenden todos los libros relativos á América publicados desde 1492 hasta 1551, que son los fundamentales y primitivos. Puede decirse que Harrisse ha convertido en dominio suyo esta parte de la bibliografía, y que difícilmente será superado en ella. El resto de sus escritos pertenece á la clase de monografías y disquisiciones históricas, y aquí su autoridad entre los americanistas es grande también, aunque no tan universalmente reconocida ni tan libre de toda controversia. Algunas opiniones suyas, v. gr., la relativa á la no autenticidad de las *Historias* de D. Fernando Colón, no han prosperado, otras han sido rectificadas por él mismo, y en sus polémicas ha solido mostrar excesiva actividad y virulencia, comprometiendo á veces hasta el éxito de muy laudables quejas y reclamaciones. Aparte de esto, no sólo es el escritor de nuestros días que más se ha ocupado en el estudio de todas las cuestiones relativas á Cristóbal Colón y á su familia, sino positivamente el que las ha tratado con mayor caudal de datos, y por lo común con juicio más independiente, y es sobre todo el que ha publicado mayor número de datos y documentos nuevos. No ha creído conveniente escribir una nueva biografía del Almirante, pero casi puede considerarse como tal la voluminosa obra que ha escrito en francés con el título de *Christofle Colomb, son origine, sa vie, ses voyages, sa famille et ses descendants, d'après des documents inédits tirés des archives de Gènes, de Saone, de Seville, de Madrid* (1884), si bien ha preferido (quizá con buen acuerdo) á la forma de exposición seguida, la de estudios monográficos. Este libro fué impugnado violentamente por el conde Roselly: prueba infalible de su mérito. Son muchas más las investigaciones posteriores de Harrisse, consignadas por lo general en artículos de revistas francesas y en algunos opúsculos publicados en Italia, y de su incansable pluma esperamos algún nuevo y más extenso trabajo, que será sin duda de los más originales é importantes del Centenario.

Por lo que toca á España, el escritor que más ha multiplicado en estos últimos años sus publicaciones sobre Colón y sus viajes, y el que mayor número de datos nuevos ha traído á su historia, es el ilustre cronista de nuestra armada D. Cesáreo Fernández Duro, cuya varia, curiosa y amena erudición tanto realza sus *Disquisiciones Náuticas* y otros libros análogos. Á él se debe, sobre todo, la publicación en extracto del ruidosísimo pleito entre el Fiscal del Rey y los herederos del Almirante, pleito que conoció Navarrete pero sin dar de él más que una idea muy somera, y que de ningún modo indicaba la riqueza de noticias allí atesoradas y que deben ser materia de atento y reposado examen. Así en la memoria académica titulada *Colón y Pinzón* (1883) como en los libros posteriores *Colón y la Historia Póstuma* (1885),

*Nebulosa de Colón* (1890), y *Pinzón en el descubrimiento de las Indias* (1892), llega Duro á conclusiones que han excitado la indignación de los admiradores incondicionales de Cristóbal Colón, llevándolos á demasías de lenguaje sobremanera vituperables. Pero bien examinadas las cosas, no se descubre en las eruditas páginas del Sr. Duro esa malquerencia sistemática contra Colón que gratuitamente le atribuyen muchos, ni menos el deseo de mancillar su gloria y poner nota en su buen nombre, sino más bien el deseo de apurar la verdad sin contemplación alguna, y el empeño no menos racional y patriótico de poner en su punto el mérito que individualmente contrajeron los heroicos compañeros del descubridor, ofuscados hasta ahora en demasía por los resplandores de su gloria. Si en esta reivindicación justa y natural, así como en el criterio con que nuestro compañero juzga algunos actos de la gobernación del Almirante, ha podido haber exceso, condición es esta de toda reacción, y la reacción era aquí inevitable, puesto que el nombre de Colón está sirviendo desde hace más de dos siglos de pretexto para las más atroces diatribas contra España, diatribas que, si cabe, se han exacerbado todavía más en estos últimos, coincidiendo en ellas por raro caso los ultra-católicos como Roselly de Lorgues y los incrédulos y positivistas más rabiosos, como Draper. También la paciencia tiene sus límites, y si es cierto que Colón no tiene la culpa de las sandeces y mala voluntad de sus apolo-gistas, también lo es que en toda alma genuinamente española ha de ser muy fuerte la tentación de demostrar, si se puede (y las pruebas están bien á la mano), que ni los españoles que protegieron y acompañaron á Colón eran tan imbéciles, tan crueles, tan malvados y tan ingratos como se supone, ni el Almirante era tampoco aquel sér impecable y desvalido, ni aquella excepción maravillosa en medio de un siglo bárbaro, sino al contrario, un grande hombre que participaba de todos los errores y pasiones de su tiempo. Entre los malos gobiernos coloniales, ha habido pocos tan malos y desconcertados como el de Colón en la isla Española, y si el crimen de la esclavitud se consumó en las Indias, nadie antes que él pudo introducirla, y él fué el primero que envió de una vez quinientos esclavos caribes al mercado de Sevilla. La justicia histórica se debe á los grandes y á los pequeños, y á nadie exime de ella la categoría de genio, aunque naturalmente incline el ánimo del historiador á no insistir mucho en estas sombras que, habida consideración al tiempo (consideración que amengua bastante la parte de responsabilidad individual) no son tantas ni tales que oscurezcan la grandeza del esfuerzo inicial y de la maravillosa obra cumplida. Ni nadie hubiera reparado mucho en ellas, si tal cúmulo de irritantes injusticias no hubiese excitado la fibra patriótica de muchos, llevándolos tal vez á recargar las tintas negras del cuadro. No basta (como cándidamente creen algunos) repetir á cada paso que la gloria de Colón nos pertenece, que su nombre y el de España son inseparables, y otros tales rasgos enfáticos que de ningún modo pueden quitar el escozor y la amargura á los que formalmente estudian estas cosas y saben que lo corriente y lo vulgar en Europa y en América, lo que cada día se estampa en libros y papeles, es que la gloria de Colón es gloria italiana ó de toda la humanidad, excepto de los

ESCUELA DE ESTUDIOS  
HISPANO-AMERICANOS

BIBLIOTECA

españoles que no hicieron más que atormentarle y explotar inicua y bárbaramente su descubrimiento convirtiéndole en una empresa de piratas. Esta es la leyenda de Colón y esta es la que hay que exterminar por todos los medios y hacen obra buena los que la combaten, no sólo porque es antipatriótica, sino porque es falsa y nada hay más santo que la verdad.

No nos detendremos en un gran número de disertaciones y monografías, á alguna de las cuales habrá de hacerse referencia más adelante, porque queremos llegar á la obra del Sr. Asensio, que nos ha dado ocasión para esta reseña crítica, y que es hasta ahora la más extensa de las publicadas en España con ocasión del fausto suceso que hoy se conmemora. Dada á luz en dos grandes volúmenes por una casa editorial de Barcelona con notoria esplendidez tipográfica y mejor gusto que el que en otras ediciones catalanas suele advertirse <sup>1</sup>, recomiéndase desde luego á la consideración por el nombre de su autor, antiguo é infatigable explorador de nuestras antigüedades históricas y literarias, especialmente de las relativas á su patria, Sevilla, y á Cervantes, su autor predilecto, de cuyas obras posee una de las más ricas colecciones. Él ha sido alma de la *Sociedad de Bibliófilos Andaluces*, y uno de los primeros despertadores del gran movimiento bibliográfico que en aquella ciudad existe, y ojalá encuentre imitadores en otras regiones de la Península. Por ella se han salvado del olvido gran número de joyas literarias y de útiles documentos, y aun limitándonos á los trabajos personales del Sr. Asensio, todo el mundo sabe que él rescató y publicó el *Libro de descripción de verdaderos retratos de ilustres y memorables varones* de Francisco Pacheco, de quien escribió una biografía de las más completas y nutridas que poseemos. En estos últimos años sus aficiones parecen haberse inclinado á la parte del americanismo, y de ellas es fruto la voluminosa *Historia de Colón* que tenemos presente.

Parecerá á algunos que tal obra no era necesaria, y que quizá las especiales dotes de su autor hubiesen campeado más libremente en una serie de disertaciones encaminadas á ilustrar los puntos oscuros de la vida de su héroe. De este modo el señor Asensio hubiera podido dar á su trabajo un carácter más erudito y más del gusto de los especialistas, y dar asimismo muestra más cumplida de la copiosa erudición que en la materia posee. No le censuraremos, sin embargo, por haber preferido una forma de exposición más popular y amena, porque ya se dejaba sentir la falta de un libro que recogiese los resultados de la investigación colombina de estos últimos años, desterrando errores muy vulgarizados y poniendo al alcance de todos las más esenciales rectificaciones. Bellísima es la biografía de Irving; pero tiene cerca de 65 años de fecha, y hoy los estudios críticos van muy de prisa. La gente de mundo, los profanos, leen más bien á Lamartine ó á Roselly de Lorgues, que es peor que no leer

<sup>1</sup> *Cristobal Colón.—Su vida.—Sus viajes.—Sus descubrimientos, por D. José María Asensio, Director de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras...* Barcelona, Espasa y compañía, editores, 2 tomos folio. Edición terminada en 1891. Lleva oleografías, orlas, cabeceras, viñetas alegóricas, una carta geográfica y otros adornos.

nada, y se llenan la cabeza de ideas falsas y melodramáticas. Era evidente, por tanto, la necesidad de que se escribiese una nueva biografía popular de Colón, y que en ella entendiese un erudito de profesión, dotado además de las suficientes condiciones de estilo para hacerse leer. De este modo ha resultado un libro sólido á la vez y agradable, como fundado en los documentos originales, y escrito con suave calor y con viveza de imaginación histórica. La crítica verdaderamente autorizada lo ha reconocido así por boca del ilustre americanista Próspero Peragallo, autor de trabajos tan importantes, sobre el origen, patria y juventud de Cristóbal Colón <sup>1</sup> y adversario no indigno de Harrise en muchas cuestiones. El artículo de Peragallo publicado en la *Rassegna Nazionale* hace casi inútil toda nueva recomendación <sup>2</sup> del libro del Sr. Asensio, la cual, por venir además de persona casi ajena á estos estudios, como yo lo soy, tendría mucho menos peso. Conste, pues, que según el Sr. Peragallo, la obra de Asensio es «un estudio histórico diligente y concienzudo que ocupará un puesto eminente en la literatura colombina por el sano criterio con que está ejecutado, por la importancia de los documentos que le enriquecen, así como por el brío y elegancia de la exposición, que, al lado de páginas donde corre sencilla la narración ó la discusión, presenta muchas otras inspiradas por un justo afecto hacia el Nuevo Mundo, y dictadas por aquella elocuencia que viene del corazón, el cual es la más pura y legítima fuente de la elocuencia». Y añade todavía el Sr. Peragallo este espléndido elogio que con mucho gusto traduzco: «El autor, con la ciencia profunda que posee y con el entendimiento de amor que le distingue, entendimiento que da la intuición de lo bello y de lo magnánimo, ha sabido mantenerse lejano de las exageraciones fantásticas de cierta escuela *hagiológica* moderna, al paso que también se ha desdeñado de asociarse á la abierta malevolencia y á las insidiosas inducciones de la escuela opuesta, y así nos ha dado una historia recta, imparcial sin ser fría ó indiferente, la cual, á la vez que se lee con deleite, nos instruye larga y sólidamente sobre las innumerables vicisitudes de una vida llena de incertidumbres y de peligros, de goces y de dolores, de exaltaciones y de abatimientos, de batallas y de triunfos, como fué la vida del inmortal descubridor de las Indias occidentales». Hasta aquí Peragallo, y á sus palabras me asocio, puesto que yo no había de decirlo tan bien.

Pero mi amigo el Sr. Asensio, siempre descontentadizo de sus propias obras, solicita de doctos y de indoctos algo más que elogios vagos y generales. Así acudió al buen consejo y erudición de Peragallo en solicitud de reparos y enmiendas, y alguna, aunque de mero detalle, hizo aquel historiador italiano, especialmente sobre la residencia de Colón en Portugal: no sin advertir previamente que no daba importancia á semejantes descuidos inevitables en una obra tan vasta, y que por otra parte podían ser simples diferencias de apreciación sobre puntos cronológicos todavía no resueltos.

<sup>1</sup> *Origine, Patria e Gioventú di Cristoforo Colombo. Studi critici e documentari*. Lisboa, 1886.—*Cristoforo Colombo in Portogallo*. Génova, 1882.—*Colombo e la sua famiglia*. Lisboa, 1889.

<sup>2</sup> 1.º de Marzo de 1892.

Yo, recusándome desde luego por incompetente en la materia, puesto que hay mucha distancia de haber leído las cosas á haberlas estudiado, voy también á complacer al Sr. Asensio poniendo algunas tachas á su libro, no ciertamente en los detalles que él conoce mucho mejor que yo, ni en el plan general de la obra que me parece excelente, sino en algo que me parece que falta ó que sobra. Como el libro seguramente no se ha de quedar en la primera edición, quizá alguna de estas observaciones podrá ser útil para la segunda.

Noto ante todo la ausencia de una introducción en que se condensen las principales nociones geográficas, antropológicas y filológicas concernientes á la parte de América descubierta por Cristóbal Colón, dando así idea clara, en cuanto lo permite la ciencia actual, del estado de aquellas regiones y de las gentes que las poblaban antes del descubrimiento. Comprendo que la tarea es difícil; pero yo no pido un tratado sobre la América precolombina, que quizá no puede ni debe escribirse todavía, sino un preliminar que nos haga conocer en sus rasgos capitales la tierra y los hombres que van á ser materia de la narración.

Todavía me parece más necesario otro preliminar que conduzca la historia de las ideas y de los hechos geográficos desde los mitos de la antigüedad hasta las navegaciones de los portugueses, que son precedente indispensable de las de Colón. De este modo no resultará aislada aquella empresa, y se comprenderá en su unidad sublime el arranque con que nuestra raza ensanchó los angostos términos del antiguo mundo y completó el conocimiento del planeta. Gran parte de la materia de esta introducción, especialmente en lo que toca á las ideas y conjeturas científicas que influyeron en la era de los descubrimientos, está ya admirablemente elaborada por Humboldt, de cuyo libro siento que haya hecho tan poco uso el Sr. Asensio. Hay algo en él que solamente interesa á la ciencia pura; pero hay mucho que sin la menor dificultad puede adaptarse á una narración fácilmente comprensible para toda persona culta, aunque no haya hecho especial estudio de la astronomía ni de la ciencia náutica.

De este modo concibo yo la doble introducción de una *Historia del descubrimiento del Nuevo Mundo*. Pero no olvidemos que el Sr. Asensio ha titulado sencillamente su obra *Cristóbal Colón*, lo cual anuncia pretensiones más modestas y como de mera biografía. Pero él mismo parece haber reconocido la necesidad de ampliar un tanto el desarrollo de su argumento, puesto que va sembrando, ya en el libro primero, ya en muchas notas y aclaraciones, considerable número de especies que, en mi concepto, tendrían lugar más adecuado en los preliminares que yo propongo.

Entrando ya en el cuerpo de la biografía, observaremos que el Sr. Asensio, haciéndose cargo de las distintas opiniones sobre la patria del Almirante, se limita á darle por *genovés* según su propio testimonio y el de su hijo, consignados uno y otro en documentos públicos: y á nuestro entender ésto es todavía lo más seguro, aun después del interesante folleto en que el erudito bibliófilo D. Francisco R. de Uhagón quiere, con documentos de los archivos de las órdenes Militares, hacerle hijo de Sanna. Mucho respeto nos inspiran tales documentos, y no dudamos que los caballeros

de las órdenes procederían con toda legalidad en este género de pruebas, pero se nos ocurre que siendo tan generalmente ignorados aun en su propia familia (como en las *Historias* de D. Fernando vemos) los primeros sucesos de la vida del Almirante, más fe ha de merecer su propio testimonio que el ajeno, aunque sea de sus deudos. Los cuales, por otra parte, algún interés parece que tenían en darse por parientes de la familia noble y conocida de los Colombos de Saona, más bien que de otros Colones oscuros cardadores ó tejedores de Génova, que para la estólida vanidad de aquellos tiempos tenían el grave inconveniente de haber ejercido *oficios mecánicos*, lo cual sin duda á los ojos de los caballeros que hacían ó exigían tales pruebas, era inconveniente bastante á contrapesar el mérito de haber descubierto un Mundo. Había, pues, de parte de los Colones interés notorio en pasar por oriundos de Saona, y no parece exceso de malicia creer que forzasen algo las cosas para llegar á lo que deseaban. De todos modos la cuestión, desde el punto de vista español, nada importa, puesto que de todos modos Colón resulta nacido en el territorio de la República de Génova.

Con muy buen acuerdo excluye el Sr. Asensio de su historia todo lo referente á los primeros años de Colón, á sus supuestos estudios en Pavía, etc. Nada de esto tiene más apoyo que tradiciones novelescas y sin fundamento, si merecen llamarse tradiciones las que se inventan *a posteriori* sobre todo gran personaje histórico. El primer hecho conocido de la vida de Colón es su expedición de corsario en servicio del rey Renato de Anjou, y aun para eso es muy difícil determinar la fecha.

Más severo hubiéramos querido al Sr. Asensio con algunas de las tradiciones de la Rábida, y sobre todo que no se limitara á insinuar tímidas dudas sobre un documento tan evidentemente apócrifo, tan ineptamente forjado, tan de estilo y sabor moderno, que sólo el extravío de un piadoso celo ha podido hacer que le diesen por bueno los redactores de la *Revista Franciscana* (1879) y que tantos otros le hayan reproducido después, sin averiguar siquiera su procedencia. Claro es que aludo á la famosa carta que empieza: *Nuestro Señor ha escuchado las súplicas de sus siervos...* ¿Quién será el discípulo de Roselly que sorprendió la buena fe de los hijos del seráfico Patriarca con una invención tan mal urdida? ¿Ni para qué necesita la orden de San Francisco, cuya gloria en el descubrimiento del Nuevo Mundo brilla de un modo tan radiante, el apoyo de documentos falsos, ni el que se multipliquen sin necesidad ni propósito las idas y venidas de Colón á la Rábida?

Lo que sucede con esto del descubrimiento es que, después de cumplido, todo el mundo exageró más ó menos su participación en él, y al lado de la leyenda franciscana de la Rábida, surgió la leyenda dominico-salmantina, que pone en las nubes la intervención de fray Diego de Deza, y las famosas juntas de San Esteban (que tienen por junto la autoridad del P. Remesal, el cual estaba tan enterado como nosotros de lo que allí pasó), y la leyenda de los biógrafos de la casa de Moya, que dan á doña Beatriz de Bobadilla poco menos que el papel principal. También el Duque de Medinaceli salió reclamando parte en los provechos, porque había tenido en su casa dos

años á Colón. Todas estas opuestas pretensiones han introducido tal laberinto y confusión de especies en todo lo anterior á la partida de Colón, que algunos han llegado hasta el extremo de no creer nada sino lo poco que el mismo Colón quiso decirnos. Pero todo extremo es vicioso, y á nuestro entender el Sr. Asensio ha sorteado hábilmente los escollos, aunque condescendiendo casi siempre con la tradición.

Después de las capitulaciones de Santa Fe la historia empieza á verse más clara, pero todavía hay malos pasos y oscuridades y contradicciones antes de llegar al momento del embarque, y eso que en esta parte ha tenido el Sr. Asensio la suerte de añadir un documento á los ya conocidos: es á saber la declaración del grumete de Moguer Juan de Aragón, que nos informa de la curiosa coincidencia de la salida de Colón con la de los judíos expulsos: documento hallado en el Archivo de Indias por don Fernando Belmonte.

Apenas cabía novedad en el relato de los viajes, puesto que los documentos están al alcance de todos, y han sido ya hábilmente utilizados por otros biógrafos, especialmente por Irving, á cuya exposición se asemeja más que á otra ninguna la del señor Asensio, y no lo decimos en són de censura, puesto que difícilmente podía elegir mejor modelo. Lo que falta, lo mismo en el historiador norte-americano que en el español, es la discusión de ciertas cuestiones técnicas que el Diario del Almirante sugiere: algunas de las cuales fueron tratadas ya por Humboldt, y otras sólo pueden serlo por especialistas. Una de estas cuestiones es la relativa á la separación de Martín Alonso Pinzón, que la mayor parte de los biógrafos y con ellos el Sr. Asensio, califican de desertión y juzgan durísimamente, al paso que el Sr. Fernández Duro, en recientes escritos, quiere defenderla y justificarla desde el punto de vista náutico.

La descripción de la entrada triunfal de Colón en Barcelona de vuelta del primer viaje está un poco anovelada y recompuesta, no porque la entrada no fuese solemne, que esto parece que resulta claro de los testimonios de Las Casas y Oviedo, sino porque carecemos de todo documento y de todo pormenor sobre el asunto.

Pero es inútil insistir en estos reparos que en nada amenguan el sobresaliente mérito de la obra del Sr. Asensio. Reálzanla el conocimiento perfecto de la materia y de cuanto sobre ella se ha escrito, la extraordinaria lucidez de exposición, el estilo que corre siempre limpio y fácil sin afectación ni alarde retórico, y el noble entusiasmo y calor comunicativo con que el autor sabe leer é interpretar la historia. La utilidad de la obra se completa con gran número de apéndices que reproducen íntegros los principales escritos de Colón y los más importantes documentos relativos á su persona, así como algunas memorias y disquisiciones publicadas en estos últimos años, y que sería difícil haber á las manos en su primitiva forma de artículos ó de folletos.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO